7

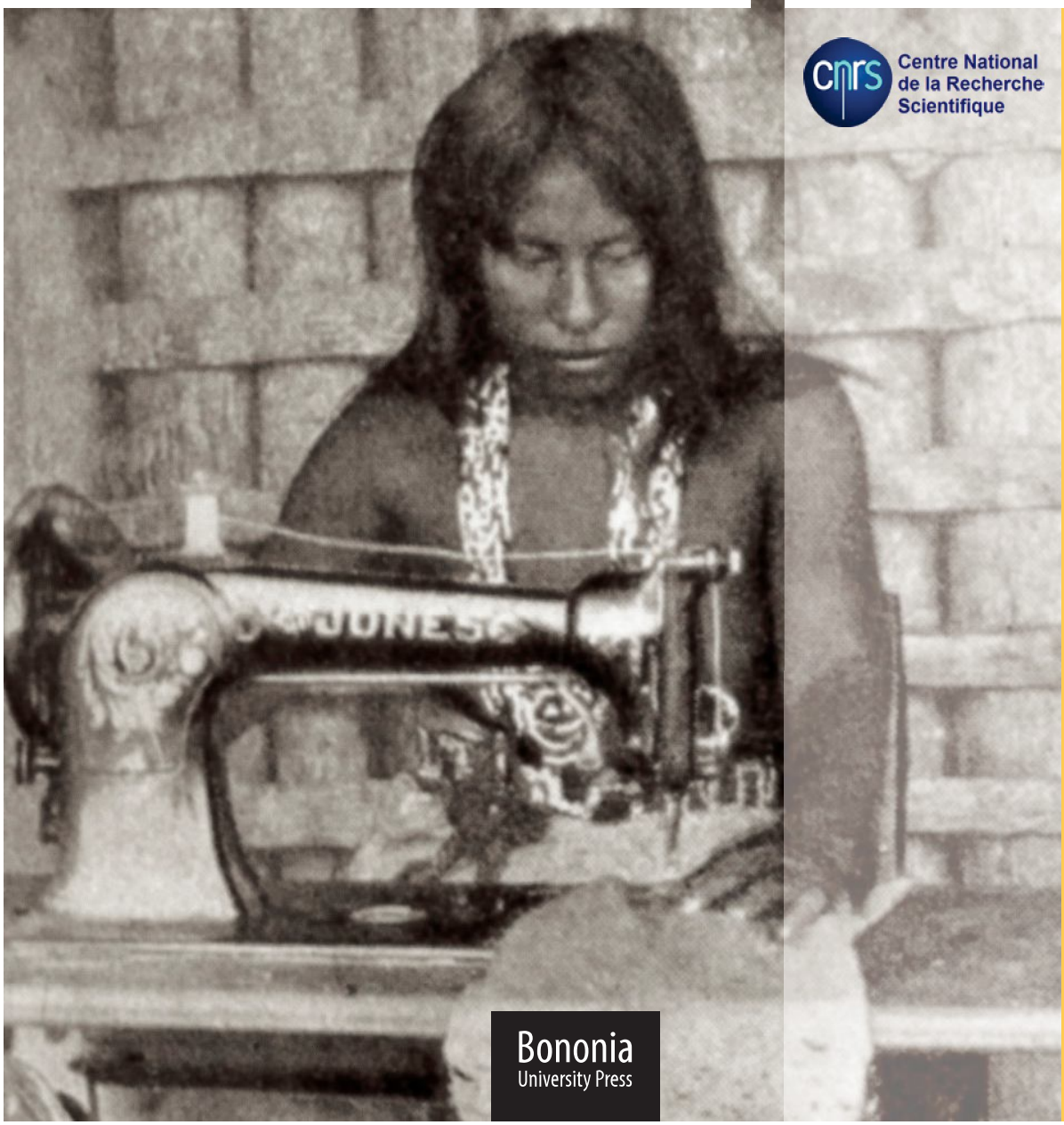
La misión de la máquina

Técnica, extractivismo y conversión en las tierras bajas sudamericanas

editores
Nicolas Richard, Zelda Alice Franceschi, Lorena Córdoba

ALMA MATER STUDIORUM
UNIVERSITÀ DI BOLOGNA
DIPARTIMENTO DI STORIA CULTURE CIVILTÀ

Centre National de la Recherche Scientifique



Bononia
University Press

SEZIONE | Studi antropologici, orientali, storico-religiosi

ALMA MATER STUDIORUM
UNIVERSITÀ DI BOLOGNA
DIPARTIMENTO DI STORIA CULTURE CIVILTÀ

Studi antropologici, orientali, storico-religiosi

Collana DiSCi

Il Dipartimento di Storia Culture Civiltà, attivo dal mese di ottobre 2012, si è costituito con l'aggregazione dei Dipartimenti di Archeologia, Storia Antica, Paleografia e Medievistica, Discipline Storiche Antropologiche e Geografiche e di parte del Dipartimento di Studi Linguistici e Orientali.

In considerazione delle sue dimensioni e della sua complessità culturale, il Dipartimento si è articolato in Sezioni allo scopo di comunicare con maggiore completezza ed efficacia le molte attività di ricerca e di didattica che si svolgono al suo interno. Le Sezioni sono: 1) Archeologia; 2) Storia antica; 3) Geografia; 4) Studi antropologici, orientali, storico-religiosi; 5) Medievistica; 6) Scienze del Moderno. Storia, Istituzioni, Pensiero politico.

Il Dipartimento ha inoltre deciso di procedere ad una riorganizzazione unitaria di tutta la sua editoria scientifica attraverso l'istituzione di una Collana di Dipartimento per opere monografiche e volumi miscellanei, intesa come Collana unitaria nella numerazione e nella linea grafica, ma con la possibilità di una distinzione interna che attraverso il colore consenta di identificare con immediatezza le Sezioni.

Nella nuova Collana del Dipartimento troveranno posto, dopo rigorosi referaggi esterni, i lavori dei colleghi, ma anche e soprattutto i lavori dei più giovani che si spera possano vedere in questo strumento una concreta occasione di crescita e di maturazione scientifica.

Comitato editoriale

Direttore: Andrea Augenti
Codirettori: Francesca Cenerini, Antonio Curci, Cristiana Facchini, Claudio Minca (Responsabili di Sezione)

Comitato Scientifico

Archeologia
Mauro Menichetti (Università degli Studi di Salerno)
Timothy Harrison (University of Toronto)
Annalisa Marzano (University of Reading)

Storia Antica
Arnaldo Marcone (Università degli Studi Roma Tre)
Denis Russet (École Pratique des Hautes Études, Paris)

Geografia
Michael Buzzelli (University of Western Ontario)
Dino Gavinelli (Università degli Studi di Milano)

Studi antropologici, orientali, storico-religiosi
Nazenie Garibian ("Matenadaran", Scientific Research Institute of Ancient Manuscripts – Yerevan, Armenia)
Ruba Salih (School of Oriental and African Studies, University of London)

La misión de la máquina

Técnica, extractivismo y conversión en las tierras bajas sudamericanas

editores
Nicolas Richard, Zelda Alice Franceschi, Lorena Córdoba

Bononia
University Press

La edición del libro fue financiada por el Dipartimento di Storia Cultura Civiltà y el proyecto *Le savoir mécanique dans les sociétés du Chaco et de l'Atacama* /ANR, France.

I saggi sono stati sottoposti a blind peer review

Bononia University Press
Via Ugo Foscolo 7, 40123 Bologna
tel. (+39) 051 232 882
fax (+39) 051 221 019

www.buponline.com
info@buponline.com

Quest'opera è pubblicata sotto licenza Creative Commons BY-NC-SA 4.0

ISSN 2421-0099
ISBN 978-88-6923-695-2
ISBN online 978-88-6923-696-9
DOI 10.30682/disciantro7

In copertina: "Spinster and sempstresses" in R.J. Hunt, *The Livingstone of South America*, London: Seeley & Co. limited, 1933, p. 241.

Impaginazione: DoppioClickArt – San Lazzaro (BO)

Prima edizione: febbraio 2021

Índice

Máquinas y misiones en las tierras bajas sudamericanas 7
Nicolas Richard, Zelda Franceschi y Lorena Córdoba

Mapa general 15

*

De la producción material a la producción moral: talleres y artesanos indígenas en las misiones jesuíticas del Paraguay (siglos XVII-XVIII) 17
Mickaël Orantin

Misiones guaraníes del barón de Antonina (Brasil, 1840-1860) 31
Pablo Antunha Barbosa

Argonautas del río oriental: remeros, mecánicos y capitanes en la Amazonía boliviana (1870-1920) 49
Diego Villar

«Haciendo del salvaje elemento de trabajo» en los núcleos escolares selvícolas de la Amazonía boliviana 75
Anna Guiteras Mombiola

*

Un siglo de misiones: trabajo y máquinas en el monte chaqueño con los wichís de la Misión Nueva Pompeya 95
Zelda Alice Franceschi

«Como un ciego con lentes»: miradas indígenas sobre evangelización, conocimiento y cultura material en el Gran Chaco 119
Chiara Scardozzi

UN SIGLO DE MISIONES: TRABAJO Y MÁQUINAS EN EL MONTE CHAQUEÑO CON LOS WICHÍS DE LA MISIÓN NUEVA POMPEYA

*Zelda Alice Franceschi**

Introducción

La historia de Misión Nueva Pompeya comenzó en 1900 con su fundación y cuando el Colegio de San Diego de Salta concedió a los franciscanos de Propaganda Fide 20.000 hectáreas de tierra para que pudieran reunir parentelas wichís de los alrededores[1].

Tras la expulsión de los jesuitas en 1767, las misiones en el Chaco mantuvieron una función estratégica porque constituían un muro de contención para todos los indígenas que aún no habían sido sometidos; también eran las únicas instituciones que podían «civilizarlos» mediante el trabajo sedentario y la escolarización. En el siglo XIX la frontera del Chaco era una tierra de misiones principalmente franciscanas y, mientras que en Bolivia a partir de 1845 el Colegio de Tarija[2] comenzó a trabajar primero entre los chiriguanos y luego a partir de 1860 entre los tobas, noc-

* Universidad de Bolonia, Departamento Historia, Cultura y Civilización-DISCI. Correo electrónico: zelda.franceschi@unibo.it

[1] Era una misión que debía responder a asignaciones precisas en términos económicos. Después de cinco años, si los misioneros hubieran sedentarizados a 150 familias y les hubieran asignado una parcela de tierra, al prefecto de la misión se le habría concedido el título de propiedad (Schaller 1986, p. 144). El 20 de marzo de 1914 se emitió un segundo decreto que redujo sustancialmente la solicitud inicial en el 5% (Argentina-Poder Ejecutivo, 1914, art. 9°, citado por Muñoz 2020, p. 203). Por parentelas/*wichí lheyis* se entiende una serie de gentilicios que funcionan donde termina el reconocimiento genealógico, y se aplican a los que no se reconocen como parientes (Palmer 2005, pp. 120-124; Montani 2017a, p. 91; Franceschi 2018).

[2] Uno de los conventos franciscanos que había conservado las reglas y que más tarde se convirtió en un centro misionero de Propaganda Fide fue el de Tarija. En 1834 recibió un primer contingente

tenes[3] y chorotes, en la Argentina los franciscanos trabajaron respectivamente desde tres centros: el Colegio de Propaganda Fide de San Carlos (San Lorenzo, Santa Fe), el de San Diego (Salta) y finalmente desde el Convento de la Merced (Corrientes).

Los dos conventos, el de San Carlos y el de la Merced, ocuparon la parte oriental del Chaco estableciendo misiones en el norte de Santa Fe; desde allí su acción se extendió a los Territorios Nacionales del Chaco y de Formosa[4]. Se fundaron San Buenaventura del Monte Alto (1865), San Antonio de Obligado (finales del siglo XIX), San Francisco de Solano de Tacaaglé (1900), San Francisco de Laishí (1901). En el Chaco occidental, el Colegio de San Diego[5] fundó seis misiones, todas ellas con wichís: Esquina Grande (1865), Purísima Concepción del Bermejo (1859), San Antonio (1868), San Francisco de las Conchas (1861), San Miguel de Miraflores (1880) y, en el Territorio Nacional del Chaco, Nueva Pompeya (1900).

Misión Nueva Pompeya fue la misión más longeva: cerró sus puertas en 1949.

En este ensayo se propone una reflexión sobre el trabajo y el uso de las máquinas por parte de algunos wichís de Misión Nueva Pompeya recorriendo la historia de la misión franciscana y a través de algunos hitos donde diferentes actores juegan un papel protagonista: las máquinas, poderosos artefactos de una «fase histórica»; los misioneros, dispositivos[6] esenciales que permitieron su perfecto funcionamiento, y los wichís. Aprendices, agentes activos, protegidos y subyugados, tragados por el «cuerpo máquina» que produce el trabajo.

Aunque ya en la década de 1870 los wichís conocían y utilizaban máquinas vehiculares (trenes, barcos de vapor, camiones), herramientas (para el trabajo) y armas, estos últimos, objetos que les entregaban como forma de pago en los ingenios azuca-

---

de frailes italianos y españoles convocados por el fraile español Andrés Herrero (1782-1838) (Maeder 1991, p. 131).

[3] Término histórico que se aplica a una de las parcialidades del grupo de los actuales weenhayek del alto Pilcomayo. Fue utilizado por los misioneros franciscanos de la región, mientras que los colonos criollos utilizaban el más genérico «matacos» (Montani, Combés 2019).

[4] Los Territorios Nacionales del Chaco y de Formosa fueron declarados provincias en 1951 y 1955 respectivamente.

[5] La dirección del Colegio de Salta estuvo a cargo de fray Pedro María Pelicchi, quien instaló a trece frailes en el convento el 19 de marzo de 1857; viajó a Italia en 1861 y regresó con veinticinco frailes para el Chaco y con otros para Salta y Jujuy. Los prefectos de estas misiones fueron Pellicchi (1857-1864), Joaquín Remedi (1868-1874), Nazareno Morosini (1874-1880 y 1892-1898), Ludovico Venturini (1880-1886), Masseo Massei (1886-1892), Bernabé Tambolleo (1898-1904). Este último fundó Misión Nueva Pompeya (Maeder 1991, p. 233).

[6] En 1977 en una entrevista Michel Foucault propone una definición del dispositivo: «Lo que trato de identificar con este nombre es, en primer lugar, un conjunto absolutamente heterogéneo que implica discursos, instituciones, estructuras arquitectónicas, decisiones reglamentarias, leyes, medidas administrativas, declaraciones científicas, proposiciones, moral y filantrópica, en resumen, tanto lo dicho como lo no dicho, estos son los elementos del dispositivo. El dispositivo es una red que se establece entre estos elementos» (Foucault 2001, pp. 299-300).
El dispositivo tiene una naturaleza que es estratégica. El término ya implica una espacialidad y una idea de fuerza, de espacio dentro del cual se ejercen fuerzas que convergen en un objetivo.

reros, fue con los franciscanos cuando empezaron su aprendizaje en algunos oficios particulares a través de una socialización cotidiana con las máquinas. Sin embargo, después de 1949 en Misión Nueva Pompeya casi todas las máquinas se estropearon y los wichís pronto volvieron a trabajar en las plantaciones, no de caña de azúcar esta vez, sino de algodón en la nueva colonia agrícola de Juan José Castelli[7]. Fue en la década de 1970 cuando los wichís de la antigua misión comenzaron a utilizar nuevamente las máquinas, y ello gracias a dos experiencias de cooperativismo local. La primera tuvo como líder a una joven monja, miembro activo de la Congregación de las Hermanas del Niño de Jesús, Guillermina Hagen Montes de Oca. La cooperativa que dirigió Guillermina (1969-1973) se organizó como una nueva «misión indígena», aunque los objetivos se presentaron de manera diferente. La segunda (1973-1996) fue la continuación natural de la primera experiencia de cooperativismo, y estaba constituida principalmente por los wichís de Pompeya, no tenía misioneros entre los promotores, aunque en los últimos años la congregación de los Hermanos Maristas del Colegio Marcelino Champagnat ofreció a los wichís pompeyanos su apoyo. Ambas experiencias funcionaron bien durante un período limitado y luego fracasaron miserablemente. Hasta el día de hoy no se ha visto nada parecido en Misión Nueva Pompeya. Hoy los wichís[8] viven de pensiones, subsidios y trabajos temporales (changas). Usan coches, motos, teléfonos móviles, radios, máquinas de coser, camiones, heladeras, cocinas de gas, motosierras, bombas de agua. Pero, cuando el ciclo de vida de la «máquina» termina, es decir cuando el engranaje se rompe, la máquina «muere» y queda en abandono. Se convierte en un residuo sin vida que pasa a formar parte del paisaje. No se elimina y, aunque no libera energía y no forma una parte activa de la vida cotidiana, es un componente extraño, habitual y no del todo indiferente del paisaje social. Lo que queda de las viejas máquinas abandonadas se convierte finalmente en parte del monte chaqueño; algunas –como las de la antigua cooperativa– aparecen como los monumentos de un pasado cercano, evidencia tangible de una historia de continuo abandono y renacimiento y, de nuevo, de un repentino desamparo. Son lo que queda, son lo que no desaparece y no quiere desvanecerse, porque no ha sido destruido pero ya no sirve; es inutilizable para el uso para el que fue pensado y diseñado. Las máquinas van y vienen, es cierto[9], pero a menudo permanecen y vuelven a aparecer incluso cuando los que las hicieron funcionar se han ido. Y el enorme monumento que en Pompeya abre el camino a los parajes (en la fotografía de la vieja cooperativa) es uno de los muchos «animales salvajes» que quedan en el bosque chaqueño: máquinas en desuso, viejos camiones,

---

[7] Castelli fue fundada en 1907 y se expandió como colonia agrícola y para el cultivo del algodón.

[8] Los wichís (que actualmente son 50.419) pertenecen a la familia lingüística mataco-maka en la Argentina y viven en la provincia de Formosa, en el noroeste del Chaco y en el este salteño. En Misión Nueva Pompeya el total de habitantes es de unos 4.500 y en el departamento General Güemes, de unos 67.132 (*https://www.indec.gob.ar*).

[9] Ver, por ejemplo, Montani, y Richard y Hernández en este mismo volumen.

1. Misión Nueva Pompeya, la vieja cooperativa, septiempre de 2019. Foto: Anita Gamberini.

algunos enteros, en pedazos rotos otros. Lo que permanece allí, parado en su inactividad, es parte casi indisoluble del desolado panorama chaqueño. Estos restos de máquinas componen los recuerdos de una vida mecanizada y salvaje que ya no puede desvanecer y que sí o sí se conserva mientras va oxidándose. Es algo que puede inducir a errores de valoración por su encanto negruzco y esponjoso.

La misión franciscana en el Impenetrable chaqueño: escuela, trabajo y civilización

Los franciscanos[10] que llegaron a Sudamérica desde Italia a mediados del siglo XIX y que trabajaron en Misión Nueva Pompeya, se encontraban entre los más firmes partidarios del Papa: creían tenazmente en la centralidad de la Iglesia. Habían sido testigos de la llamada «ley de supresión» (7 de julio de 1866) que privaba a todos los institutos religiosos del reconocimiento jurídico y disponía que sus bienes fueran confiscados por el Estado. El 20 de septiembre de 1870 Roma fue incorporada al Reino de Italia, decretando el fin por el Estado papal. El papa –Pío IX–, quien había condenado todas las formas de liberalismo, nacionalismo y racionalismo[11], estaba ahora en condición de «prisionero del Vaticano» y víctima de la usurpa-

[10] La Congregación de Propaganda Fide, cuyos archivos habían sido transferidos a París por Napoleón, reanudó su trabajo en Roma en 1817. El panorama era desolador, pero gracias a la labor del cardenal Mauro Capellari, entonces prefecto de la Congregación, y al estímulo de la instrucción pontificia *Neminem Profecto* (1845), la familia franciscana se recompuso poco a poco y a partir de 1840 comenzó a estar presente de nuevo en las misiones americanas (Maeder 1991, p. 231).

[11] En 1864 la encíclica *Quanta Cura* y el *Syllabus* subrayaban los principales errores de la época. Eran dirigidas a los católicos liberales y a los marginados del episcopado europeo más sensibles a las razones del Estado que a las del pontífice.

ción italiana. A pesar de este clima, en Italia se asiste a un verdadero renacimiento del catolicismo[12], en todos los niveles, en cualquiera de las jerarquías del clero y con respecto a su formación y reclutamiento. Los franciscanos que entraron en la orden en ese período creían tozudamente en la centralidad de la Iglesia y querían reconstruir una perfecta y armoniosa comunidad cristiana lejos de la corrupción anticlerical[13]. Eran jóvenes de familias católicas fervientes que, convertidos en sacerdotes o monjas, deseaban revivir el aliento y el ardor del más vivo y «verdadero» catolicismo romano en casa y, más en general, en todo el mundo[14]. Y los frailes en misión, en particular, interpretaron de manera rigurosa los acontecimientos políticos y sociales que dejaron en su patria para exportar un credo católico libre de cualquier interferencia y de toda injerencia con la modernidad: los indígenas podían representar un terreno fértil y fecundo porque eran una verdadera *tabula rasa*[15].

Por otro lado, cuando llegaron a la Argentina se encontraron con una situación peculiar. Aquellos frailes franciscanos que dependían de la Sagrada Congregación de Propaganda Fide habían sido reincorporados en 1854. Eran una rama del antiguo tronco misionero: presentes en el obispado porteño desde el siglo XVIII, desaparecieron en lo siguiente. Su retorno fue gestionado desde 1853 por el gobernador de Santa Fe; la zona necesitaba jóvenes frailes franciscanos que destinó a los pueblos indígenas; eran diecisiete, más dos hermanos laicos (a los que más tarde se añadieron otros). Inmediatamente se instalaron en el antiguo Colegio de San Carlos, en San Lorenzo, y luego se trasladaron a los alrededores. Desde temprano, su presencia fue provocando cierta animosidad en el clero local. Para la Iglesia argentina estas comunidades cristianas debían alentar y ayudar a una nación cuya población estaba en continuo incremento demográfico; desde el punto de vista social, podían llenar los vacíos estatales (en la educación y la salud) y dirigirse hacia los segmentos de la población más frágiles (inmigrantes y nativos)[16]. Por otro lado, la Iglesia italiana formó a los frailes en la idea de que la conversión debería incluir un «paquete» llamado «civilización», auténtico y bien orgánico. Estos hombres en misión fueron verdaderos obreros del Evangelio y tenían unos objetivos fundamentales que respondían a necesidades básicas: acostumbrar a los indígenas a un trabajo regular, hacerlos sedentarios y educarlos. El corolario de un régimen educativo tan estricto y básico consistía en una censura, culpable y moralista, de sus costumbres y hábitos. Los frailes en la Argentina tuvieron que manejar relaciones

---

[12] Pollard 2008, p. 31.
[13] Langer 2011, p. 171.
[14] Langer 1998, p. 201. Sobre las biografías de los frailes y las motivaciones que llevaron a los jóvenes a las misiones, cf. Fiore 2004; Prosperi 1991.
[15] Langer 2011, p. 171.
[16] Di Stefano, Zanatta 2000 p. 308.

complicadas con una Iglesia local que era débil[17], con un Estado que se interesaba exclusivamente en el control de las fronteras y con criollos que, miembros frecuentes de la Legislatura provincial en un gobierno federal, se enfrentaban a un Estado central con un poder relativo[18].

Los indígenas, por su parte, cuando encontraron a los misioneros por primera vez eran un grupo poco homogéneo y desigual; algunos de ellos ya habían conocido a los misioneros en los ingenios azucareros donde los indígenas trabajaban durante parte del año desde la década de 1870[19]. Allí tenían las tareas más humildes en la jerarquía de trabajo indígena, «pelada y acarreo de las cañas»[20]. Todavía eran seminómadas, vivían parte del año en el ingenio, sabían cómo usar algunas herramientas para trabajar la tierra, pero nada más que eso. Los frailes tenían objetivos claros: evangelizarlos, ciertamente; pero sobre todo transformarlos en una comunidad sedentaria y enseñarles algunos oficios.

El 4 de mayo de 1900 se oficializó la fundación de Misión Nueva Pompeya, en la margen derecha del antiguo cauce del Bermejo y a 800 metros del abandonado Fortín Urquiza. Era un lugar aislado «a 110 leguas de Embarcación, 130 de Metán, 112 de Resistencia, 47 de Rivadavia y con senderos que durante el verano no eran transitables»[21]. Fue fundada por Bernabé Tambolleo; el padre Michele Bardoni estuvo presente en ese momento. Muchos fueron los frailes que pasaron por la misión: Pedro María Borghini y Nazareno Morosini (1901), Humiliano Mattei, Ireneo Belacci y Antonio Villagra (1905), de nuevo Borghini, con Domenico Maggi y otra vez Villagra (1907), Pedro María Borghi (1909)[22]. Desde finales de 1910 la misión fue confiada a Raffaele Gobelli (1862-1944). Italiano también, llegó a la Argentina en 1884 y fue ordenado sacerdote en Córdoba en 1885. Fue elegido prefecto de las misiones de Salta en 1910 y jefe de las misiones de San Carlos y San Diego en 1913. Sus escritos sobre la vida en la misión y las descripciones de los «matacos»[23]

---

[17] La Iglesia Católica apoyó la «campaña del desierto» de Julio A. Roca, quien luego promovió la ley de matrimonio civil, creó el registro civil y promulgó la ley 1.420 de educación común, laica y obligatoria, debilitando así el papel de la Iglesia.

[18] Langer 1998; Teruel 2005.

[19] La mayoría de los wichís conocidos habían trabajado en los ingenios azucareros de San Martín de Tabacal (Salta).

[20] Bossert, Córdoba 2015, p. 124.

[21] Beck 1994, p. 131.

[22] Los documentos de la Misión Nueva Pompeya están ahora dispersos en varios archivos: Archivo Histórico de Salta, Archivo General de la Nación, Archivo del Convento Franciscano de Salta, Archivo del Convento de San Carlos de San Lorenzo (este último contiene los diarios de los franciscanos de 1901 a 1910, probablemente porque en 1923 la misión pasó a depender de la Comisaría de Misioneros Franciscanos de San Lorenzo).

[23] «Mataco» es uno de los nombres que aparece en los escritos jesuitas a finales del siglo XVIII. Es una de las diferentes parcialidades de los mataguayos y su ubicación es diferente según las fuentes. Sobre el significado, algunos antropólogos han derivado el nombre «mataco» del verbo «matar»

(que van de 1910 a 1913)[24] son detallados. Gobelli escribió una excelente crónica de la vida misionera retomando los principales temas presentes en el Reglamento de las Misiones[25]; no faltan partes en las que el fraile italiano expone juicios severos y despiadados sobre los indígenas y su desesperada condición de «miserables que prefieren la ociosidad al trabajo»[26]. Entonces, puede considerarse Misión Nueva Pompeya como «estudio de caso» –diríamos hoy– en el que surge la tendencia de las políticas sociales en la educación escolar, en la evolución del trabajo, en la protección de los criollos y del ejército cuyos oficiales eran aliados de estos últimos[27], en la lucha contra el trabajo estacional en los ingenios azucareros, considerados uno de los mayores impedimentos para la cristianización.

La escuela de la misión acogió sobre todo a los niños porque sólo con ellos la evangelización tuvo algún resultado[28]. La construcción de la escuela fue lenta y los rudimentos lingüísticos aprendidos, escasos. A diferencia de sus colegas anglicanos[29], los frailes de Propaganda Fide que trabajaron con los wichís se acercaban al mundo indígena con silencioso prejuicio; definitivamente poco aventureros, sufrieron las ásperas condiciones del lugar. La organización católica tuvo un carácter progresivamente centrípeto[30]: la misión era el centro, los frailes vivían solos, ni pensaron

---

(Pérez Diez 1977; Alvarsson 2006) mientras que Samuel Lafone Quevedo (1897) lo considera un morfema de «mata» de origen quechua (Montani, Combés 2019).

[24] Gobelli escribió: *Memorias de mi Prefectura y apuntes sobre el Chaco* (Primera parte, 1910-1911; Segunda parte, 1912; Tercera parte 1913). Como un anexo de la segunda parte, figura el *"Breve estudio etnográfico sobre la tribu mataca"*.

[25] Niklison 1916, p. 55, escribe que los decretos de creación de las misiones disponían de prefectos de los colegios, los cuales estaban a cargo de la misión. Los prefectos presentaron al Ministro del Interior el proyecto de reglamento general relativo a la dirección, administración en la que debía incluirse expresamente todo lo relativo a la venta de bebidas alcohólicas y armas a los indígenas, y las normas para que éstos no fueran explotados fuera de la zona de la misión.

[26] Gobelli 1912, p. 412.

[27] Gobelli no renuncia a sus comentarios histórico-políticos y se detiene sobre las hazañas del general Teófilo O'Donnel y del coronel Enrique Rostagno. Entre 1907 y 1911 hubo campañas militares en el Chaco y en las zonas central y oriental de Formosa; en 1912 Rostagno se ocupó de la zona norte del Pilcomayo.

[28] Franceschi, Dasso 2010, p. 81.

[29] Los anglicanos están presentes en el Chaco argentino desde 1911 a través la *South American Missionary Society* (SAMS) en el ingenio La Esperanza (Jujuy). Fundaron en 1914 la Misión Chaqueña El Algarrobal en la provincia de Salta (Makower 1989; Lunt 2011). Fueron figuras prominentes en la lingüística wichí, especialmente Barbrooke Grubb y Richard Hunt. Los anglicanos se dedicaron a la traducción de la Biblia. Primero fue el Evangelio de San Marcos, *Thamet ta is Jesu Cristo tha tes San Marcos le lesainek papel*, y fue editado por Hunt con la ayuda del wichí Martín Ibarra. Hunt tuvo contactos con Samuel Lafone Quevedo (entonces director del Museo de La Plata), a quien envió algunos apuntes de gramática wichí; luego, al regresar a Inglaterra en 1929, publicó *Thawuk Jesu Cristo: Thames ta isen thaye Apostóles thenai*, que contenía los cuatro Evangelios y los Hechos de los Apostóles (Montani 2017a, p. 150).

[30] Franceschi, Dasso 2010, p. 82.

convivir con los indígenas para acercarse a su vida cotidiana, y desde el principio no se comprometieron con el aprendizaje de la lengua. Estos frailes, italianos en su mayoría, no fueron lingüistas capaces y sólo el prefecto Joaquín Remedi, del convento de Salta, fue un metódico conocedor de la lengua wichí[31].

Gobelli escribió sobre la escuela:

> Funciona en la misión una escuela a la que concurren los chicos y chicas de la misma. El edificio que sirve para la escuela es un gran rancho, al igual que todas las escuelas nacionales que trabajan en estos idiomas [...] y también se les da comida y el vestido a los chicos y chicas que concurren a la escuela; pues de otro modo no se consigue que vengan [...] nuestra escuelita [...] ha tenido una asistencia de 52 niños [...] no habiendo conseguido, hasta ahora, un maestro o una maestra para la escuela de esta Misión, al frente de ella está el p. Francisco Guevara, está aquí para ayudar en su trabajo al indio Francisco Supaz, educado en un colegio de Salta[32].

Si los niños iban a la escuela, donde se les procuraba comida y calzado y se les inculcaban los nuevos hábitos, los hombres adultos tenían que trabajar y lo hacían con distintas herramientas y máquinas. Nueva Pompeya, especialmente al principio, se trataba de una misión cuyas condiciones materiales no eran en absoluto desastrosas[33]. Los frailes poseían varias máquinas y estaban equipados con ciertas comodidades: «Un observatorio meteorológico, una oficina de correo, un cuarto de baño provisto de bañera y lluvia, máquinas para hacer fideos, picar carne, fabricar hielo y para lavar ropa, un gramófono Víctor, discos y juegos de tejo, bochas, lota y damas»[34]. Tres años más tarde llegaron también máquinas que agilizaron el trabajo: «Un motor a aire caliente, siete carros con dos ruedas, un coche de cuatro ruedas, un sulki con arneces regulares, un torno con herramientas, una trituradora de maíz, una carpintería con herramientas, una sastrería con una máquina de coser, varias herramientas rurales»[35]. Los hombres cultivaban la tierra o tenían tareas específicas: había aprendices de cocina, choferes, ayudantes, maestros, carpinteros, zapateros, mecánicos, albañiles. El trabajo era principalmente individual, un ejercicio cuyas inflexiones eran bastantes raras para los wichís, que llevaban a cabo sus actividades de caza y recolección con una disposición colectiva y compartida. Los franciscanos distribuyeron pequeñas parcelas de tierra: los wichís cultivaban maíz, mandioca, patatas, caña de azúcar (esto último era casi imposible por las condiciones del terre-

---

[31] Remedi escribió *Los indios mataco y su lengua*, que fue editado por el «Boletín Geográfico Argentino», XVII, 1896 (prólogo de Samuel A. Lafone Quevedo).

[32] Gobelli 1912, pp. 44-45 y 48.

[33] Las misiones se mantenían con fondos estatales (que se destinaban a tareas específicas como viajes, objetos para comprar en Europa, manutención de los capellanes) y que los propios misioneros tenían que solicitar, mediante subvenciones de la Orden y donaciones de los fieles (Teruel 2005, p. 97).

[34] Inventario de Misión Nueva Pompeya, 1 de septiembre de 1913, en Teruel 2005, pp. 95-96.

[35] Inventario general de la Misión Nueva Pompeya-El Pintado, 26 de mayo de 1916.

no)[36]; se preparaban para formar parte del subproletariado agrícola, convirtiéndose en trabajadores productivos, ocupándose del «corte de maderas, aserraje y construcción de las mismas para la venta y otros trabajos de taller»[37], tenían que «arar, sembrar, cortar y aserrar maderas, cortar ladrillos y otras muchas cosas»[38]. Los frailes intentaban evitar, aunque no se pudiera prohibir, que frecuentaran los ingenios[39]. Allá las condiciones de trabajo eran más duras e inhumanas, pero seguían siendo lugares codiciados: para conocer y encontrarse con otra gente, para obtener objetos, comida y mercadería, donada, intercambiada y recibida[40]. La migración estacional era una actividad que los distraía de su trabajo misional, desviándolos de la nueva vida cotidiana y, en fin, les habría procurado armas[41].

No tenemos noticias particulares sobre el trabajo de las mujeres. Aunque recibieron descripciones precisas y casi impresionistas por parte de Gobelli, la tipología de las máquinas presentes en las misiones hizo que el trabajo para ellas no se presentase tan organizado, y fueron los hombres los primeros en familiarse con la mecanización del trabajo y en aprender oficios específicos. En el reglamento de la misión de 1914 leemos que los hombres «serán dedicados al trabajo, las mujeres se ocuparán en sus quehaceres domésticos y los niños asistirán a la escuela»[42]. Las máquinas de la misión organizaron capilarmente espacio y tiempo, alteraron las relaciones sociales y de género y crearon un sistema «mecanizado» de producción y consumo en manos de los hombres.

En los cuarenta y nueve años de vida con los frailes italianos la evangelización no tuvo los resultados deseados. Sin embargo, la sedentarización se hizo efectiva y los oficios aprendidos fueron proporcionales a las herramientas que tenían a su disposición. Una anciana wichí de Misión Nueva Pompeya recuerda los tiempos de la misión, tal y como su padre le había dicho. Su nieto, quien tradujo la entrevista, refiere:

---

[36] Informe del fray Pedro Papini, 23 de febrero de 1909, en Teruel 2005, p. 113.

[37] Niklison 1916, p. 57.

[38] Gobelli 1912, p. 72.

[39] En la Argentina, la ley del gobierno prohibía a los misioneros obstaculizar el trabajo de los indígenas en los ingenios azucareros. Lo que sabemos al respecto, y que vale también para Misión Nueva Pompeya, es lo publicado en el «Boletín de la Dirección General de los Territorios Nacionales», septiembre de 1914, artículo 23: «Cuando algún propietario, industrial u obrero, quiera llevar indios de la misión para sus trabajos, quien se los podrá mandar de entre los que aún no tienen chacras en propiedad, y voluntariamente quieran ir, conviniendo previamente el salario que le pagará, y reservándose el derecho de presenciar el pago por sí mismo o por intermedio de otra persona de su confianza, todo de acuerdo con las disposiciones vigentes sobre el trabajo de los indios» (Teruel 2005, p. 117).

[40] Dasso, Franceschi 2015; Montani 2015a, 2015b .

[41] Los wichís se procuraban armas en los ingenios azucareros: «Las armas que les dieron [a los ingenios] les hacen servir para matar gente, vacas o pájaros» (Gobelli 1912, p. 66). Los franciscanos también tenían armas en la misión: «Dos Winchester, doce Remington, doce carabinas, un revólver de caballería, un Smith, una escopeta de caño, tre de dos caños, cuatros machetes de policía y cuatro sables» (inventario de Misión Nueva Pompeya, septiembre de 1913, en Teruel 2005, p. 111).

[42] Cit. en Teruel 2005, p. 98.

> Ella [mi abuela Teresa] hablaba que su padre era primero, que en la primera llegada de los franciscanos su padre siempre estaba con ellos como cocinero, siempre trabajaba con ellos. Cuando los franciscanos van hacia Salta llevaron a Angelito, se lo llevaron a Salta a conocer y estudiar; le enseñan a escribir, hablar en castellano. Después capacitaron [a los wichís] para [que fueran] carpinteros, no sólo [a] él sino [también a] otros jóvenes: David Chuteley, Francisco Supaz y también la jovencita Rosa Supaz se capacitó como auxiliar, para ayudar en la escuela. No solo carpinteros [sino que los wichís también] hacían zapatos, collares, peines, según dicen fabricaban con cueros de vacas y los peines se hacían con distintos dibujos, por ejemplo, de pescado. Se llamaban «peines *tsunis*» porque *tsu* viene de dientes[43], que ralla con los dientes, que puede peinar. David Chuteley era carpintero y mecánico. Ellos se capacitaron como representantes/delegados, coordinadores de los franciscanos, en idioma es *lach'uffwas*[44]. Era un cargo importante, era como un representante que tiene voto entre la comunidad. Estos representantes formaban grupos, como una ladrillería, o sea después todos estaban en la ladrillería y empezaron a hacer la Misión. No sólo mi abuela habla de este trabajo; se hacían cercos, éstos eran trabajos que no se pagaban con plata sino con mercadería, *tälhak* [alimento de alguien] [...] Teresa dice que vivían bien, todos tenían trabajo y tenían muchas cosas. Herramienta se dice *lachemet-chalh* [instrumentos de alguien]. Cuando fueron hacia Salta trajeron animales, vacas vacunas, caballos, y le hacían tipo cercos que cuidaban todos y a estos animales los compartían entre las familias. Los animales ya son dueños y cada familia tenía sus animales. Trajeron vacas de raza mestiza y las repartieron, se hacía así. Cada dos años se recibía una vaca. Cada repartición era de un macho y una hembra, así se podía tener su grupito de animales[45].

Muchos testigos que recuerdan las historias de sus padres o abuelos señalan que con los franciscanos aprendieron a trabajar la tierra, a tener animales domésticos, a conducir coches y tractores; los hombres se formaron como carpinteros, producían ladrillos y se familiarizaron con las máquinas de los misioneros, las mujeres cosían y cocinaban. Muchos estaban «calificados» para trabajar y aprendieron algunos oficios. Pero las máquinas de los misioneros, así como su credo, pronto desaparecieron. Los franciscanos se fueron en 1949.

La llegada de Guillermina Hagen y el comienzo del cooperativismo

Las décadas de 1950 y 1960 pueden considerarse como años de poca relevancia para los pompeyanos en su relación con las máquinas y los misioneros. Los criollos arribaron a Nueva Pompeya con sus animales, algunos de los recién llegados eran

---

[43] La traducción de «su diente» es de hecho *letsute* o *latsute* o *letsote*.

[44] La traducción literal podría ser «apoyo» y de ahí «aquel que apoya/que ayuda», «el ayudante». Un nombre derivado del verbo *chut* (ayudar/sostener).

[45] Teresa Juliet, 1 de julio de 2006. El nieto de Teresa me ayudó a traducir la entrevista el 14 de junio de 2010.

comerciantes e hijos de inmigrantes. Las máquinas y los instrumentos de los franciscanos fueron vendidos, robados o cayeron en desuso. Los criollos tenían tractores y camiones, pero los wichís no recuerdan eso. Para ellos comenzó una migración continua y extenuante a la cosecha de algodón en Castelli[46]. Era un viaje agotador y fueron migraciones dolorosas. Iban a pie, el viaje duraba un mes, «cada año íbamos todos a cosechar y nos quedábamos en Castelli hasta junio, se iba en burrito cargando las cosas»[47]. El trabajo de los wichís en la cosecha de algodón era manual y el salario resultaba justo para vivir los meses de permanencia en la ciudad. «Juntábamos algodón. Juntábamos la fibra. Bolsas arpilleras de fibra. Cada tarde se pesaba y se daba al patrón que contaba»[48]. Los años en Castelli se recuerdan con amarga desesperación porque coincidieron con el abandono por parte de los franciscanos y con los episodios de una violencia sorda y brutal. Los criollos locales se habían instalado en la misión y con ferocidad implacable imponían sus condiciones y reglas. La miseria era crónica, los wichís no tenían su *niyat*[49] ni líderes carismáticos externos, y la comunidad estaba fragmentada y dividida. Francisco Matorras recuerda esos años y empieza así:

> Yo alcancé ver al último padre que se llamaba Bernabé, cuando repartía los juguetes en la puerta de la capilla y yo andaba con mi mamá [...] Escuchábamos las campanas, Felipe Suzú era el campanero. Ellos tenían las casas acá. El padre de la Teresa Juliet tenía carros y bueyes y era cocinero de los franciscanos. Y después ocuparon la Misión.Vino un tal Misetich a ocupar la Misión y un tal Rogelio; el primo era yugoslavo y Rogelio era correntino; cuando se fueron los curas ellos empezaron a vender las cosas de los curas, herramientas, carpintería, todo. Ellos, los curas, tenían de todo. La Misión tenía agua corriente porque mi abuelo Chuteley manejaba el molino para tirar agua para la Misión; en la represa había un molino. Había como 500 metros; mi abuelo atendía el molino, era el hermano de mi mamá, mi abuelo. Y cuando empezó a manejar esta gente, los Misetich, empezó a sacar los caños y el molino también lo sacaron. Se llevaron las campanas y las herramientas que había y ocuparon la Misión [...] se llevaron la Virgen y desarmaron todo y muchos tipos vivían allí. Y fue en este momento que vinieron Carretero y Parada, dos criollos que ocuparon todo. Vinieron así y ocuparon la tierra. Cuando se fueron los curas todavía no había criollos en la Misión porque ellos tenían miedo de los curas. Y después cuando se hizo la

[46] La migración era estacional y los wichís se quedaban desde enero hasta mediados de junio. Hasta 1969 la proporción de nativos que iban a la cosecha de algodón era del 100%; iba toda la familia. Desde 1970 hubo 50% de población masculina y 38% de población femenina indígena (Hermitte, Equipo 1996, p. 68).

[47] Elena Calermo, 1 de junio de 2010.

[48] Francisco Matorras, 16 de marzo de 2014. «Una ley establece el precio que se debe pagar al cosechero por tonelada a la cosechada. En las dos últimas cosechas fue entre 12.000 y 13.000 pesos la tonelada [...] En un día un cosechero puede levantar 80 kilos, siendo baqueano en el trabajo. Una mujer puede levantar 60 kilos y los niños 20» (Hermitte, Equipo 1996, p. 62).

[49] Este último encarnaba no tanto la figura de un líder en sentido militar, sino que representaba a aquel que aconsejaba qué hacer. Era la «cabeza de su gente» (*ihñäi zletek*), como destaca Palmer 2006, p. 155.

> escuela recién empezaron a entrar los criollos, en los años 50. Con el hermano de la Teresa íbamos a la escuela en Los Tunales, había un criollo, un tal Pereira que estaba enseñando. Y nosotros íbamos en burrito. Eran 7 u 8 kilómetros y a los tres meses se abrió la escuela acá en Nueva Pompeya. Los Ruiz, y después vinieros los Parada, los Carretero y así iban sumándose los criollos en Nueva Pompeya. Era muy difícil porque había muchas persecuciones. Ellos perseguían por la tierra, porque decían que los aborígenes roban y había un señor que se llamaba Ricardo Ledesma y este señor Parada iba a vaquear e iba con la policía. Le acusaron de robar un animal vacuno y al pobre hombre lo ahorcaron. Otro caso fue con el cacique Eduardo Polo. Se van a la casa de otro aborigen, un tal Cuéllar, y de repente alcanzaron la policía y ellos no sabían nada y le dicen de bajarse y ellos se bajaron y el finado Eduardo. Como eran dos policías y eran dos wichís, un policía se quedaba con el cacique y el otro con el wichí y le pidieron que mirara para arriba y en el tanto lo pegaron. Y al otro lo pegaron también con el revólver en la cabeza. Estas violencias duran muchos años. Un viejito, Severia, que vivía en Nazario y trabajaba con otro aborigen que tenía cabras y le dio un cabrito por el trabajo y este señor carneó y de repente viene un criollo de allá de la banda, Samana se llamaba, y vio el asado. Y directo se fue a la policía y dijo: «Un indio me robó las cabras; ahí lo vi que estaba carneando». Vino la policía en caballo en este caminito y pobre viejito lo llevaba detrás del caballo corriendo. Y tenía espuma en la boca el viejito. Y un tal Chiripa también, que era dirigente indígena, un viejito. Tenía sembradito y tenía maíz, zapallo, sandía y las vacas entraban y el viejito con la mujer se cansaba; entraban siempre las vacas y un día hizo ruido con la escopeta para que se vayan las vacas... y cómo lo pegaron la policía... nosotros estábamos en la escuela. El viejito estaba... pobre, casi muerto. La vida de nosotros era inimaginable por la violencia[50].

Según el testimonio de Katharine Makower[51], desde 1963 hubo visitas a Nueva Pompeya de algunos misioneros anglicanos, que nunca se establecieron permanentemente. El paréntesis anglicano fue, por lo tanto, intermitente y continuo a la vez; había sacerdotes que iban y venían. La primera iglesia anglicana fue fundada por Avelino Lazarte en el paraje Toba en 1964[52]. De hecho, fue el futuro suegro de Elena Calermo quien, junto con otros wichís, conoció las misiones anglicanas en la provincia de Salta: muchos querían conocer las Sagradas Escrituras en su propio idioma.

A mediados de la década de 1960, mientras la vida de los wichís de Nueva Pompeya transcurría entre la violencia brutal de los criollos locales y las migraciones estacionales a Castelli, las misiones pastorales aborígenes se habían volcado hacia una política de desarrollo y promoción social de las comunidades[53]. La catequesis y la

---

[50] Francisco Matorras, 16 de septiembre de 2019.

[51] Makower 1989, pp. 144-145.

[52] Testimonio de Elena Calermo, 13 de septiembre de 2019.

[53] Fueron los años (1965-1968) en los que se elaboró el primer censo nacional de población indígena, en el que trabajaron el Instituto de Ciencias Antropológicas de la Universidad de Buenos Aires, la Dirección Nacional de Asuntos Indígenas y el Instituto Nacional de Antropología (Lenton 2005; Rodríguez 1975).

misionalización fueron el punto de llegada y ya no el de partida. Estos fueron los años en los que monseñor Italo Di Stefano estuvo a cargo de la diócesis en la provincia del Chaco[54] y comenzó a promover la instalación de una serie de «misiones indígenas» en esa provincia[55]. Hubo un retroceso institucional por parte del Estado y de la Iglesia Católica para generar fuerzas y «cuerpos sociales» dispuestos a dedicarse a la alfabetización, a la salud, a la formación de agentes sanitarios y al establecimiento de cooperativas de producción y consumo en el noroeste argentino. La responsabilidad fue unánime, los organismos comprometidos eran muchos: los obispos, junto con el Movimiento Rural de Acción Católica; el Instituto de Cultura Popular (Incupo) y las Comunidades Eclesiales de Base, el Servicio Nacional de Asuntos Indígenas, la Dirección Provincial del Aborigen[56]; todos se pusieron con buena voluntad para implementar los programas de promoción social. Para coordinar las diferentes Iglesias fue creada en 1966 la Junta Unida de Misiones[57], cuyo objetivo era convertir a los más pobres en agentes de su propia historia y artífices de su propia liberación.

En Misión Nueva Pompeya surge en esos años[58] una nueva figura, la del líder que sabe hablar castellano y quiere moverse fuera del pueblo, que es capaz de manejar papeles y archivos. El «lenguaraz»[59] –así se define en la literatura– reemplazó con energía al tradicional *niyat*, que ya había perdido poder y carisma durante el período franciscano. En Misión Nueva Pompeya Simón Lazarte, hermano del futuro primer pastor anglicano, reunió algo de dinero y con los compañeros más fieles se fue a Resistencia a pedir ayuda. Con la intercesión de un médico de Castelli, los wichís de Nueva Pompeya comenzaron una larga colecta[60]. La llegada a Nueva Pompeya en 1969 de la monja Guillermina Hagen Montes de Oca debe considerarse, por lo tanto, dentro de este contexto social y político. Pero en la imaginación de los wichís fue ese viaje –valiente y extraordinario– del joven Simón –fuerte, poderoso e intré-

---

[54] En la provincia de Formosa encontramos en esos años a monseñor Raúl Scozzina, quien trabajaba en la misma dirección que Di Stefano.

[55] Leone 2016, 2019; Zapata 2016.

[56] Fue creada en el Chaco en 1958 y dependía del Ministerio de Agricultura y Ganadería de la provincia. Su primer presidente fue René Sotelo, quien es recordado en la literatura como el iniciador de la política indígenista en esa provincia (Carrasco, Briones 1996, p. 107). También es mencionado por muchos wichís de Misión Nueva Pompeya que lo conocieron. Después de la provincialización de los Territorios Nacionales en la década de 1950 y la consecuente descentralización de todas las instituciones indígenas, se produjo una dispersión de las acciones indígenas. Por esta razón se creó la Dirección Provincial del Aborigen. Ese mismo año se creó también la Dirección Nacional Asuntos Indígenas, que era el órgano centralizado de las políticas indígenas y actuaba como enlace entre las políticas provinciales/regionales y las organizaciones internacionales, y trabajaba con antropólogos profesionales.

[57] Leone 2016, 2019; Zapata 2016.

[58] Al parecer en Misión Nueva Pompeya los ecos del peronismo y de la política indígenista tardaron en llegar y sólo a partir de la década de 1960 los wichís comenzaron a movilizarse.

[59] Palmer 2006.

[60] Franceschi, Dasso 2010; Franceschi 2018.

2. Periódico *Norte*, Resistencia, 23 de enero de 1973.

pido– el que cambió el destino de la antigua misión y marcó un segundo y nuevo comienzo: la época de Guillermina.

Todos la recuerdan como un verdadero «ángel», que llegó gracias a las repetidas peticiones de esos jóvenes liderados por el nuevo lenguaraz. Guillermina fue invitada a Nueva Pompeya por el entonces director del Instituto del Aborigen del Chaco, Oscar Cervera. Era una monja joven, educada y de buena familia. Tenía un título de ingeniera agrónoma. En Fortín Olmos había conocido a Arturo Paoli (1912-2015), sacerdote italiano que había ido a trabajar allí en 1960. Paoli estaba con tres sacerdotes miembros de los Pequeños Hermanos de Foucauld, más conocidos como los Pequeños Hermanos[61]. El sacerdote italiano se unió a monseñor Juan J. Iriarte en la Diócesis de Reconquista y juntos formaron una cooperativa de trabajo con los hacheros de Fortín Olmos en los años en que La Forestal[62] se había retirado definitivamente de la Argentina. Desde el primer momento los Pequeños Hermanos sintieron la necesidad de responder a la crisis causada por la retirada de La Forestal. La gente de la cuña boscosa y la actividad de la cooperativa de Arturo Paoli comenzaron a ser conocidas no sólo en Santa Fe sino también en Buenos Aires tras la distribución de las extensas tierras que el Estado había comprado a la empresa que se iba del país. Los Pequeños Hermanos respondieron a este desafío creando una cooperativa y en la gestión de ese proyecto tuvieron sus primeros conflictos políticos y sociales. Los ideales eran los de la teología de la liberación: una Iglesia libre y liberadora. Un reino de justicia y fraternidad que debía realizarse en la Tierra y con los últimos de la Tierra. No era la salvación del alma de los franciscanos lo que se buscaba, sino el

[61] Acerca de Arturo Paoli y sus años en la Argentina, cf. Rice, Torres 2011.

[62] Conocida compañía inglesa que se estableció en la provincia de Santa Fe e hizo una fortuna con la extracción de tanino.

Reino de Dios y su justicia terrenal. Guillermina mira, aprende. Quería «amorizar[63] al mundo»[64]. Y así es como ella será recordada: un ángel, amoroso, fuerte y compasivo. Una mujer que a través de su trabajo logró dar a los wichís de Nueva Pompeya el sentido de «hacer comunidad» con un espíritu de comunión compartida y de sacrificio participado que en absoluto no parecía tan distinto del *ethos* wichí. Era una receta casi perfecta.

Tan pronto como llegó, Guillermina reabrió la misión[65]. Esta se convertiría entonces en la sede de «su» cooperativa. Ella era la delegada oficial en el área. Tenía el permiso para producir postes y venderlos. En principio, la Dirección Provincial del Aborigen creó una oficina que recibió el nombre de cooperativa, aunque en realidad fue tal solamante en julio de 1970. Guillermina era la coordinadora y contaba con el apoyo de su congregación, las Hermanas del Niño de Jesús, de la diócesis y del gobierno provincial. El grupo inicial fue formado por Orlando Montero («el Negro»), quien más tarde se convertirá en su compañero de lucha y en su pareja[66]; la ex hermana Margarita Merganti y Carlos Soria («el Gordo»). Poco después, llegaron los pasionistas Basilio Howlin, Diego Soneira y Francisco Nazar (quien devino el líder de la cooperativa de Potrillo[67], en Formosa). Virgilio Ilari y Roberto Vizcaíno (presente en la comunidad de Potrillo) fueron enviados por la Orden de la Pasión de Jesús Cristo. La cooperativa que se fundó tuvo como característica la completa autonomía de los organismos de financiación. Empezó a funcionar muy bien e inmediatamente, aunque hubo varias rupturas internas que los wichís todavía recuerdan con precisión. Todo fue documentado por Patricio Doyle, un sacerdote también pasionista, quien nos dejó varios testimonios escritos[68]. Se trata de fragmentos que muestran las primeras grietas de una memoria social que no presenta ninguna ambigüedad. Porque el personaje «Guillermina» fortalece el «mito» de la historia de Nueva Pompeya. Cada vez que el recuerdo personal regresa sobre ella y su cooperativa, se activa un engranaje social que refuerza lo que se quiere poner en el «archivo Guillermina»: su fuerza moral, su capacidad de organizar y trabajar, su empatía y amor. Su desaparición tan repentina tuvo el efecto de congelar la memoria, sin ninguna posibilidad de metamorfosis ni elaboración póstuma. La memoria de ese pasado compartido y colectivo es lo que permitió la existencia en los años que siguieron de la comunidad de Nueva Pompeya.

---

[63] Es la traducción literal del verbo italiano *amorizzare* utilizada por Arturo Paoli durante su trabajo.

[64] Conocida expresión utilizada por el teólogo, filósofo y paleontólogo Pierre Teilhard de Chardin y siempre recordada por Arturo Paoli.

[65] Mediante la promulgación de la ley provincial 970.

[66] Guillermina dejó sus votos unos años después de su llegada a Pompeya.

[67] Ver, por ejemplo PRECI en este mismo volumen.

[68] Hijo de inmigrantes irlandeses que llegaron a la Argentina a principios de 1900, toda su vida trabajó con los indígenas chaqueños: en Ingeniero Juárez entre 1978 y 1980, en El Sauzalito entre 1984 y 1996. Fue director del Instituto Nacional de Asuntos Indígenas entre 1994 y 1996. Escribió varias obras: DOYLE, 1997, 2003a, 2003b, 2004.

Guillermina tenía un brazo derecho, el entonces muy joven wichí Sabino Polé. De las palabras de Sabino surgen algunos elementos notables, reiterados por todos los que la conocieron y trabajaron con ella. Encontré a Sabino Polé durante mi última estancia en Misión Nueva Pompeya en septiembre de 2019. Sus ojos se iluminan cuando le pido que recuerde su tiempo trabajando en la cooperativa. Sabino rememora y, emocionado, cuenta sus recuerdos uno tras otro. Como muchos wichís con los que hablé de la cooperativa de Guillermina, él quiere destacar su relación exclusiva con ella. Todos la admiraban. Los wichís por primera vez se sintieron tratados como «personas», personas capaces de trabajar y miembros de un grupo sólido, solidario y único. Todos la recuerdan porque ella sabía encontrar lo mejor de cada uno, y a través su labor emocional supo entrar en completa sintonía a pesar del trabajo, que fue duro, de la distancia lingüística (Guillermina no aprendió la lengua wichí) y de las condiciones del lugar, que eran complejas.

> Yo conozco bien a la Guillermina, ella me llevaba a Sáenz Peña a comprar carne, me da el número de la carnicería, me decía las cuadras porque yo no sé leer, yo tengo que caminar y contar las cuadras. Yo me acostaba a la tardecita y me levantaba a las seis de la mañana. Había la enfermería, Francisco Matorras fue el enfermero y Agustín Tuisek y Ledesma y Antonio Polo, todos enfermeros que empezaron con la Guillermina. Y había Rogelio, también wichí. Ellos recorren los parajes en bicicleta y hacían inyección y vacunaron porque los chicos del equipo de Guillermina sabían vacunar. Había una enfermera Viviana y después había Raquel, y Marta Soneira. Nosotros, los hombres, nos quedamos al monte una semana con hacha, machete, cubijas y todo [...] Íbamos con el tractor. Preparábamos bien todo y esperábamos si venía gente y nos instalábamos y hachábamos toda la semana y después se formaban grupos. Hicimos campamento cerca de Laguna Pescada [...] Otro grupo se iba más para acá. Cualquier socio se iba y cuando se tenía que hacer postes vino un hombre de Ingeniero Juárez para enseñar y teníamos que sacar la cáscara. Le sacábamos el corazón. En la aserrería venía un hombre para enseñar [...] Guillermina cuidaba muy bien la gente. De Hachero, Armonía, de Nueva Población, de Sauzalito [...] Santo Hernández fue el primer presidente [de la cooperativa], el papá de Horacio Andrada. Yo tengo en mi valija la copia de los socios, eran quinientos. Primero se asociaba Nueva Pompeya y después Nueva Población y también El Sauzal y Sauzalito y dicen que Nueva Pompeya era la capital. Había varias máquinas para trabajar la madera[69].

Guillermina reunía a todos los que se iban a la cosecha de algodón. En aquel entonces, el trabajo estacional se interrumpía. Pero también ella era capaz de atraer a la gente de los parajes vecinos: Nueva Población, El Sauzal, El Pintado. La comunidad crecía y se convertía en la «capital» de la zona. Todo el mundo se hacía miembro de la cooperativa, que llegó a contar con unas dos mil personas y todos eran parte integrante. Cada uno tenía su propia «ficha» con su propio número. La paga no se distribuía en dinero, sino en objetos y comida que se retiraban dos veces por semana,

[69] Sabino Polé, 9 de septiembre dea 2019.

los lunes y jueves. La «ficha» se usaba como reconocimiento de cada socio y para poder acceder a lo que estaba reservado para cada uno por el trabajo que se había hecho. Además de la cooperativa, Guillermina se ocupó de la educación de los niños y adultos y de la salud: creó una escuela y un dispensario donde se atendía a los enfermos. Envió a Sáenz Peña a estudiar a algunos que se convertirán en los primeros enfermeros de Nueva Pompeya. El trabajo de los hombres se organizaba en grupos: con un camión iban al monte donde se quedaban toda la semana. La cooperativa vendía postes de quebracho, la producción y venta desde 1969 hasta 1972 fueron muy bien. El presidente era wichí. El primero fue Santo Hernández, quien más tarde se convirtió en el lenguaraz y líder indígena. También las mujeres jugaron bien su papel. Guillermina organizó la venta de artesanías y productos de costura. Todos los wichís aprendieron a conducir, utilizando las herramientas que les proporcionaba la cooperativa. Al final de su larga historia, Sabino Pole recuerda con precisión los coches, camiones, tractores y accidentes que caracterizaron ese período y termina mirando a su alrededor:

> Ella abrió la ruta, viene con un pique y topadora y abrió un camino. Todo cambió con ella. Vino con todo un equipo de ingenieros y hasta Sauzalito marcaron todo el camino. No había ruta ni nada y ahora tenemos ruta. Tenía muy buen espíritu. Aprendimos a conducir auto, limpieza para sembrar, formamos grupos con camioneta y había un cocinero también. Donde estaba el eucalipto, detrás de la misión, allí había casas. Allí estaba un depósito, un almacén y una cocina. Tenía un techo como este [indica el techo de su casa, con ramas]. «Chorizos», dicen los chaqueños, y había como un comedor y a veces teníamos que hacer también cercos para sembrar. Había un grupo de 95 personas, ella manda cada grupo al monte cuando empieza la luna. Lo manda con una camioneta. Primero hicimos una reunión y decidimos dónde ir a hacer limpieza. Por la mañana todos salíamos temprano, nos levantábamos a las cinco de la mañana y llevando una cosita así a la casa donde hacíamos limpieza. Hay todo para comer, panadería, mate cocido donde está el centro hoy. Y hay también una panadería de un wichí que se llama José Nucos. La familia ahora está Pozo del Sapo y en la panadería estaba también Alfredo Polo y Casiano Nivajero. Y el cocinero era Jinavela. Ellos cocinaban en las ollas y las cargábamos en la camioneta y cuando terminábamos la llevábamos otra vez para limpiarlas y todos llevábamos platitos. Y el ejército mandaba cositas que tienen tapa y consiguen como un platito. Teníamos pantalones militares[70].

Las actividades en Misión Nueva Pompeya entre 1969 y 1973 eran un fermento ordenado, tranquilo y feliz. El pastoreo de ganado siguió siendo la actividad más productiva, pero Guillermina trató de incluir a los ganaderos criollos en la cooperativa para que pudieran vender sus productos a un mejor precio. «La monja que dirige el grupo ha prometido que la cooperativa va a pagar mejores precios por las pieles que el comerciante; por ejemplo, el cuero de vizcacha se pagaría 60 pesos,

[70] Sabino Polé, 9 de septiembre de 2019.

en lugar de 5 pesos»[71]. Los que no trabajaban permanentemente en la cooperativa continuaron las actividades tradicionales de caza y recolección. En Nueva Pompeya nació en esos años la figura de la artesana, que trabajaba por encargo y que con su labor contribuía a la economía doméstica. Guillermina había elegido a un grupo de artesanas, les compraba sus productos y luego los revendía al mercado de Buenos Aires o Santa Fe. «Ella apreciaba el trabajo de artesanía. Yo le vendía mis mantas, mis cacharros y todo lo que preparaba con chaguar»[72]. Se impulsó enormemente la agricultura. La Dirección Provincial del Aborigen hizo una verdadera campaña para extender la agricultura en la zona. Para ello se distribuyeron semillas, «se sembraba maíz, sandía, batata, porotos, sorgo, zapallo»[73]. Las mujeres y los hombres trabajaban la tierra[74]. En las parcelas más grandes los wichís usaban el tractor, pero todos araban, sembraban y construían caminos. Luego estaban los albañiles y otros que se dedicaban a mejorar los caminos, también se construyó un pozo para proveer agua; finalmente la misión tenía verdaderos empleados: el encargado de la tienda, el de la despensa y el de la enfermería[75].

Guillermina no podía soportar ninguna oposición y no acogía ideas diferentes de las suyas; parece que por esta razón el gobierno del Chaco comprendió que era necesario crear otros polos en la provincia que contrarrestaran una presencia tan radicalizada[76]. El trabajo en la cooperativa era duro, pero todos lo recuerdan con felicidad y firme entusiasmo. Los hombres habían aprendido a utilizar herramientas, habían adquirido técnicas (habilidades consideradas como las capacidades de sujetos particulares), habían sido equipados con tecnologías (un conjunto de conocimientos objetivos, generalizados y susceptibles de aplicación práctica) e instrumentos. Estaban contentos. Comían bien, tenían ropa buena. No estaban obligados a trabajar en la cosecha de Castelli. Para los wichís el único interlocutor fue la joven hermana Guillermina. Mientras tanto, en Nueva Pompeya se formó un verdadero «grupo indigenista» (así se lo recuerda en la literatura) que en enero

---

[71] Hermitte, Equipo 1996, p. 69. La antropóloga Esther Hermitte y su grupo de trabajo fueron contratados en 1970 por el gobierno del Chaco para evaluar el proceso de integración de los pueblos indígenas en la provincia, su trabajo se publicó muchos años después (1996) y se menciona aquí. Unos años antes (1965-1966) también el antropólogo Edgardo Cordeu junto con la psicóloga social Edelmi E. Griva hicieron una investigación con los tobas de la cercana comunidad de Miraflores sobre los cambios culturales en la comunidad (Lenton 2005, pp. 549-550).

[72] Teodora Polo, 14 de mayo de 2016. El nombre de la planta de chaguar (*Bromelia hieronymi*) se aplica para denominar en general las artesanías tejidas que las mujeres realizan a partir de fibras vegetales.

[73] Teodora Polo, 14 de mayo de 2016

[74] Había varios tipos de cultivos: los que eran más pequeños y consumidos exclusivamente por la familia, los de la Dirección Provincial del Aborigen que tenían un espacio más grande ubicado en Pozo del Toba y finalmente un tercer tipo que era igualmente grande y cuidado colectivamente por varias personas (Hermitte, Equipo 1996, pp. 71-72).

[75] Hermitte, Equipo 1996, pp. 70-73.

[76] Doyle 1997, p. 34. En particular Roberto Vizcaíno y Francisco Nazar se fueron a la localidad de Potrillo y formaron otra cooperativa.

de 1972 participó en la reunión regional de Cabá Ñaró (Municipio de Tres Isletas, provincia del Chaco).

En 1972, la primera crisis ya era notable. Los indígenas producían más de lo que se les permitía comerciar. El Departamento Aborigen del Chaco ahora sólo permitía vender un tercio de lo que realmente se producía. Se superó el obstáculo, pero luego comenzaron los controles (con ese fin se envió a una mujer como directora de un centro educativo y luego como inspectora del departamento General Güemes, respectivamente). Finalmente, en 1973 la producción wichí se limitó a un máximo de 2.000 troncos de quebracho por año cuando en realidad podían preparar 700 por semana. En la cooperativa y su organización habían estallado tal serie de problemas políticos y sociales que rápidamente se les acusó de tener ambiciones «guerrilleras»[77]. Además del descontento institucional, había razones económicas de gran alcance por las que el crecimiento exponencial de la cooperativa había llevado al abandono masivo de las cosechas. En las páginas de la revista «El Descamisado»[78] de 1973 leemos que las discrepancias entre la Cooperativa de Misión Nueva Pompeya y la Dirección Provincial del Aborigen merecen una explicación también a partir del plan Agrex y las tensiones que éste había provocado sobre el uso y la posesión de la tierra[79].

La cooperativa era una «máquina bien aceitada», poseía un orden y un control capilar por parte de esta joven «ángel». Por las descripciones de los wichís, parecía un engranaje impecable y disciplinado que rodeaba y envolvía toda la vida indígena. Su organización era tan perfecta que en algunos aspectos se asemejaba a una «institución total» controlada y autosuficiente, donde el conjunto de las manifestaciones vitales, orgánicas y psíquicas de un individuo parecía implosionar en un espacio existencial totalmente codificado. La cooperativa era un lugar de trabajo fuera de la sociedad nacional porque era completamente autónoma, donde un grupo compartió una situación común durante un período en el que pasó parte de su vida en un régimen cerrado y formalmente administrado[80].

Si la comparamos con la antecedente misión franciscana, Guillermina se ocupaba sobre todo de la población adulta: su «misión» se llevaba a cabo principalmente con ellos y sin distinción de género. No había censura ni juicio moral contra los wichís. Ella tenía una curiosidad empática y una ideología pobrista que, combinadas con una completa autonomía a nivel local, no sólo desmantelaron cualquier sospecha o temor

---

[77] Guillermina y los Pequeños Hermanos de Foucauld fueron clasificados como «subversivos» por la dictadura militar y muchos de ellos desaparecieron. Guillermina después de su detención se fue a Perú (Rice, Torres 2011; Bianchi 2015, p. 187; Lanusse 2007).

[78] Conocida revista peronista de izquierda que fue dirigida en principio por los militantes Dardo Cabo y Ricardo Grassi y que se editó entre 1973-1974.

[79] El plan Agrex tenía el propósito de crear un complejo agroindustrial en la zona en beneficio de varias empresas norteamericanas y de la familia del entonces presidente Alejandro Agustín Lanusse (Ferrara 2007).

[80] Goffman 2001; Foucault 1975.

por parte de los wichís, sino que fueron percibidas como las únicas formas de liberación y libertad. Además, la cooperativa, en muchos de sus sectores, incluía el trabajo en grupo, una mímesis exitosa de las formas de compartir y de la ética de la buena voluntad wichí[81].

Este engranaje aparentemente perfecto debe ahora ser recontextualizado y repensado en forma crítica; en los años 70, de hecho, muchos de estos «promotores» en el Chaco mostraron una doble lógica en sus prácticas de trabajo. Por un lado, fomentaron el proceso de creación de modelos de inseguridad, de aprehensión de las poblaciones, haciendo posible la existencia objetiva de un «aparato de captura» con una lógica del «soy frágil y debo ser protegido». Por otra parte, al recurrir al ecumenismo de la Iglesia Católica y concentrarse en la producción de diferencias irreductibles, obstaculizaron ese marco político y activaron enfrentamientos y escisiones, inhibiendo la promoción sistemática y generalizada de los indígenas chaqueños[82].

En Nueva Pompeya, con Guillermina la situación se volvió con los años más tensa y la existencia de la cooperativa fue creando descontento especialmente entre los colonos de las cosechas de algodón y los terratenientes de la zona. Misión Nueva Pompeya y los wichís ya no necesitaban el trabajo en la cosecha y la labor en la cooperativa los había transformados en ciudadaños autónomos.

Guillermina fue arrestada en 1973 junto con once wichís[83]. Su cooperativa siguió trabajando. O más bien, sin ella, siguió funcionando bien al principio, mal luego y finalmente muy mal en los años siguientes. Sabino Polé no quiere contarme esa historia.

Epílogo. La cooperativa wichí: el engranaje se quiebra

Sabino Polé recuerda poco, «todo se desparramó». Pero él, como muchos wichís, siguió trabajando en la cooperativa.

> La familia mía era de Pompeya. Mi familia empezó trabajando con los franciscanos. Mi mamá era lavandera changuera de los franciscanos. Guillermina canaliza todo. Toda la gente venía por acá, de Hachero, Armonía, Nueva Población, Sauzal, Sauzalito. Después hubo la intervención. Terminó todo. Todo se fundía. Se vendieron las máquinas a otros. Se vendió a un muchacho que se llamaba Pedro Alejo, era un aborigen. Cuando sacamos, se cambió de lugar. Después vino el Nicasio Lazarte. Él continúa, pero poco. Nadie hace nada. Había máquinas, pero no trabajaban y no cuidaban las máquinas. Y después no hay más socios. Todo se abandona. Y Walter Effemberger, un santiagueño, era contador. Él se hace cargo con su señora. Cuando

[81] Palmer 2005.
[82] Zapata 2016, pp. 177-178.
[83] Lanusse 2007, p. 27.

> se fue la Guillermina vinieron los militares. Tenían revólver. La Misión era llena de militares, toda policía. Quedamos sin nada. Eramos de nuevo como esclavos[84].

De 1973 a 1982 la cooperativa parece funcionar. El wichí Silverio Argañaraz fue el presidente desde 1990 hasta 1995:

> La cooperativa en los años 80 tenía todas las maquinarias. Las maquinarias estaban al principio en la misión vieja y después trasladaron todo por acá en el galpón que está por acá ahora abandonado. Nosotros trabajábamos un poco e íbamos a la cosecha de algodón. Así estábamos. Me vinieron a buscar a la cosecha para elegirme como presidente. Esto fue en 1987-1988 y hasta 1990 la cooperativa funcionaba. Entre doscientos y cuatrocientos wichí trabajaban por allí y acá vendíamos madera por un equipo; ponele que vendíamos un equipo de madera completo y cambiamos por mercadería y el otro camión pagábamos y comprábamos herramientas. Madera en cambio de mercadería. Compraba madera la mayoría en Santa Fe y Buenos Aires. Los wichís tenían un solo maestro de carpintería y el resto aprendieron así. Hacíamos sillas, ventanas, mesas y lo que servía. Y aprendimos todo de carpintería y después en 1989 también había postes de quebracho colorado para vender. Las empresas llevaban para alambrar campos, eran postes de 2,40/3 metros. Y este también vendíamos semanalmente. Dos equipos de postes, eran equipos de madera. Y a la gente le dábamos mercadería el lunes y el viernes. Le dábamos todo: 25 kilos de harina, azúcar, yerba y tabaco. No existía el pago. Efectivo casi no había. Hasta los 90 no había plata. Esto funcionaba muy bien y para comer no hacía falta. Éramos doscientos o trescientos wichís. Cuando yo tenía diecinueve años me hicieron presidente. Y yo manejaba trescientas personas que eran socios [...] Cuando yo entré ya estaba a punto de quiebra. Tenía juicios por todos lados porque tenía deuda por todos lados. Con un comprador de Buenos Aires fuimos a Resistencia unos días y hablamos con el ministro y el gobernador también y nos condonaron la deuda. Las máquinas eran las viejas máquinas de la cooperativa de Guillermina que después se trasladaron acá y después a través de los maristas hicimos los proyectos con el hermano Arturo y Teófilo y conseguimos nuevas máquinas, cepilladora, taladro, afiladoras. Yo fui presidente desde 1990 y hasta 1995 [...] Cuando yo dejé la cooperativa dejé todo. La dejé andando. Dejé todas las maquinarias. Teníamos dos sierras grandes, dos sierras sin fin –sierra de carnicería para cortar patas de sillas o mesas, para poder ver las curvas–, dos cepilladoras, una garlopa (como cepilladora, la ponés arriba y la apretás fuerte para nivelar), una lijadora, un taladro. Teníamos cuatros tractores (dos R 60 y un Fiat 400 y un Fiat 600), dos acoplados para traer madera en el campo y con gomas nuevas, cuatro motosierras, dos motosierras estil 50 y una 70, dos motosierras grandes que pesaban como 30 kilos, 16 metros de sierras de 8 centímetros de ancho. En 1995 todo funcionaba. Y cuando yo salí agarró todo otro muchacho que no parece manejar en lo personal [...] Esta gente agarró y vendió. Agarró y vendió todo. La cooperativa cerró de golpe en 1996. Todos los comerciantes cuando yo dejé empezaron a cobrar porque [si no] no cobraban más. La gente quedaba desparramada. Los wichís trabajaban bien, sabían trabajar. Eran buenos carpinteros. Después cada

[84] Sabino Polé, 12 de septiembre de 2019.

> uno formó asociación comunitaria. Pero asociación sin trabajo. Sin nada. [...] A los wichís les gustaba trabajar en la cooperativa, se ponían bien[85].

La cooperativa había abandonado su sede en la misión. Los wichís volvieron al trabajo en Castelli. En principio y en su segunda fase, la cooperativa parecía una copia de la anterior, aunque fue evidente que desde el principio la gestión económica fue complicada, al igual que el liderazgo wichí y la capacidad de cuidar las máquinas. Cuando Silverio empezó a dirigirla ya tenía muchas deudas y los wichís, a pesar de haber adquirido todas las técnicas para poder continuar, trabajaban mal, no respetaban los turnos y no les importaban las máquinas. En cierto momento la cooperativa wichí fue entregada a un contador, Walter Effemberger, quien estuvo presente desde 1983 hasta 1996. Me encuentro con él el 10 de septiembre de 2019:

> Me llevó acá Medel, él era presidente en 1982. Él me llevó acá. En ese período no había trabajo y ellos [los wichís] tenían que vivir en la tradición. Yo compré para hacer mueblería y aserradero, y con la venta de postes y ventanas y muebles empecé. Y me ayudaron los hermanos maristas Ernesto y Eugenio. En la cooperativa en esa época había doscientas o trescientas personas. Doscientas eran wichís y sesenta eran criollos. Era el período de Medel y cortábamos postes y yo era obrero como ellos. Los hermanos me ayudaron para hacer trámites con el gobernador y conseguimos un préstamo. Trabajé desde 1983 hasta 1996. Trece años. Cada dos años cambiaba el presidente de la comisión y manejaba todo un comprador de Resistencia. Pagábamos con mercadería, pero si necesitaban les dábamos plata. Les dábamos carne y carneaban. Se entregaba el camión de postes y nos distribuían como pago mercadería. Les enseñamos a los wichís a trabajar con la motosierra. Pero todo fue mal. A los wichís le gusta el «chupi» [beber alcohol]. Así se fundió todo [...] Yo era el administrador y recuerdo como presidentes a Silverio Argañaraz, Pedro Alejo, Nicasio Lazarte, Juancito Yacante. A la gente cuando yo estaba le gustaba trabajar. La cooperativa era autónoma. La gente hacía la temporada en la cosecha de algodón. Iban los hombres, y mujeres y niños se quedaban acá. Teníamos motosierras y tractor y con la motosierra cortaban más rápido. En el tractor había ochenta trabajadores de postes y les llevaba con la olla [la comida] y ellos se internaban en el monte durante la semana. Yo iba con ellos y al principio tenía miedo, pero me preparaban mi comida. Se producían 2.400 postes por mes. Ellos me querían.

Esta segunda parte de la historia permanece confusa, dispersa entre los recuerdos infelices. Nadie quiere recordar o detenerse a contarla. Hay criollos que entraron en la mitad de la historia, robos, comisarios financieros. Máquinas que dejaron de funcionar, que se oxidaron y estropearon. Socios que fueron presidentes, presidentes que fueron acusados y que escaparon. Cuando la cooperativa cerró definitivamente, muchas máquinas fueron vendidas para pagar deudas, otras fueron robadas, no está claro por quién. Desde entonces la historia de la cooperativa wichí se ha convertido en la de muchos proyectos que se instalaron en la vieja misión y fracasaron misera-

[85] Silverio Argañaraz, 16 de septiembre de 2019.

blemente. Como si la empatía y el vínculo con las máquinas desaparecieran en un momento, se desvanecieran y se perdieran. Según Volker von Bremen,[86] la lógica del abandono entre los indígenas del Chaco es algo casi intencional. No sé si es así, pues su reflexión presupone una serie de antecedentes teóricos que no se han tratado aquí. La historia de Misión Nueva Pompeya es una de las muchas que ve a los misioneros abrir un ciclo de máquinas y trabajo que se cierra sin sorpresa para luego reabrirse y luego cerrarse de nuevo para volverse a abrir, con o sin ellos. Un ciclo intermitente, pero sin cambios radicales aparentes entre las diferentes fases y actores. No es fácil entender cuál es el «ciclo» que viven hoy en día los wichís. Sabino Polé, Francisco Matorras, Teresa Juliet son todos «buenos artesanos», que trabajan con sus propias manos, usando o, mejor aún, reutilizando piezas que ya han reconstruido o dejado de lado. Artesanos que cosen, ajustan, modifican, miden «a ojo», y que cumplen compromisos con la materia prima que tienen a mano. Artesanos que, sin embargo, son curiosos y más que nada rigorosos, porque si se les ofrece una buena máquina, no la desprecian y la prueban. Tratan de aprender a usarla y, mientras la máquina lo permita, la utilizan. Así que la imagen del wichí «buen artesano» funciona, pero hasta cierto punto. Hay máquinas. Y a mucha gente les gustan. Las mujeres tienen máquinas de coser, máquinas para limpiar la fibra del chaguar, para preparar harina de algarroba[87]. Los hombres enloquecen por las motocicletas. Las usan y les gustan. Pero en un momento la misma máquina no sirve más, se rompe o pierde su utilidad. Algunas hacen ruido. Otras no trabajan tan bien como sus propias manos, otras en fin no se sabe cómo repararlas, y, si se arreglan, no hay luz eléctrica para poderlas hacerlas funcionar. Deberían ser transportadas a otro lugar. El «engranaje todo» fracasa porque es algo que siempre queda inestable y frágil, y suspendido. Mientras que las máquinas de los franciscanos o las de la cooperativa de Guillermina funcionaban de alguna manera y, más o menos, los wichís aprendieron a usarlas, y con cierta habilidad, cuando pasaron a los artesanos wichís y había que cuidarlas, sea como «bien comunitario», sea como máquinas sin sus partes constituyentes (el ejército de misioneros, monjas y frailes), algo salió mal. En este caso, cuando la «cremallera» entre indígenas y máquina desaparece, la máquina deja de funcionar con continuidad. Si la máquina no es «personal», como puede serlo el teléfono móvil o la motocicleta, el interés es relativo y, sobre todo, poco a poco se desvanece. Como si la empatía con la «materia de la máquina» no pudiera pasar a través del cuerpo «social». Como si la máquina para la sociedad siguiera siendo una prótesis mal adaptada al cuerpo social. No sé si esta prótesis parece defectuosa o, como sucede en algunos trasplantes, existe la posibilidad del rechazo. Hoy en día a menudo parece no haber ni fuerza ni docilidad en la relación que los wichís tienen con las máquinas de la comunidad, y ni siquiera sabemos cuál será el ciclo próximo y futuro que les espera.

---

[86] Von Bremen 1987, p. 15.

[87] De la especie *Prosopis*, se trata del fruto más común en la zona. Para las poblaciones wichís representa uno de los alimentos principales para la subsistencia.